

# Mujeres ubicuas

Ana Clavel

*En este breve relato, Ana Clavel —autora de Las violetas son flores del deseo, Cuerpo náufrago y El dibujante de sombras, entre otras novelas— explora el tema del doble y las identidades ocultas de lo femenino de manera lúdica y sorprendente.*

“Quiero hacer el amor con estas dos mujeres”, dijo a mis espaldas el que sería mi nuevo hombre por el resto de la noche. Estábamos en medio de una fiesta de amigos mutuos pero yo ni siquiera había reparado en su presencia, de modo que lo enfrenté ajustándome los lentes: no, no parecía haber tomado alcohol en exceso como para desafocarme y convertirme en dos. Sólo su sonrisa volátil recordaba la alegría de los aviones cuando están a punto de alzar el vuelo.

—¿Y cómo sabes que somos sólo dos? —le contesté porque me había puesto de buen humor su modo de abordarme.

—Pues yo sólo veo dos: tú y la de la orquídea...

Me hizo gracia. Por la mañana, el cajero del banco había confundido mi nombre con el de Orquídea.

—¿Y dónde se supone que traemos la flor esa que dices?

Él murmuró en mi cuello:

—No está a la vista, pero si nos alejamos un poco, puedo mostrártela...

Salimos de la estancia rumbo al jardín frondoso. Tras unas palmeras de abanico, intentó besarme. Lo esquivé:

—Primero la flor...

—La flor o la vida, ¿no? —contestó apuntándome con el índice como si fuera un revólver del viejo oeste. Tras otra sonrisa que alzaba el vuelo, me confió:

—Lo siento pero ya no puedo mostrarte la flor. Esa mujer se fue. Ahora te acompaña una chica con un gato, bastante huraño, por cierto.

Hice un gesto de desencanto. Sus manos ingresaron en los bolsillos del saco, dispuesto a emprender la retirada.

Los hombres que se declaran vencidos me dan rabia y ternura. Lo detuve.

—Espera... ¿Cuántas mujeres más hay?

Me miró a los ojos y escudriñó como en una bola mágica.

—A ver... Regresó la de la orquídea... Veo a una al-tiva perra afgana... Hay una que trae un látigo... ¿o es más bien una tremenda cola? —dijo e intentó inspeccionarme por detrás.

Lo detuve en seco: la vulgaridad puede ser deliciosa pero la reservo para los momentos más íntimos, no antes. Estaba por alejarme cuando me tomó por la nuca. “Está bien... tú ganas. Eres única”, dijo y me obligó a recibirlo. Por supuesto, sonreímos toda. **U**